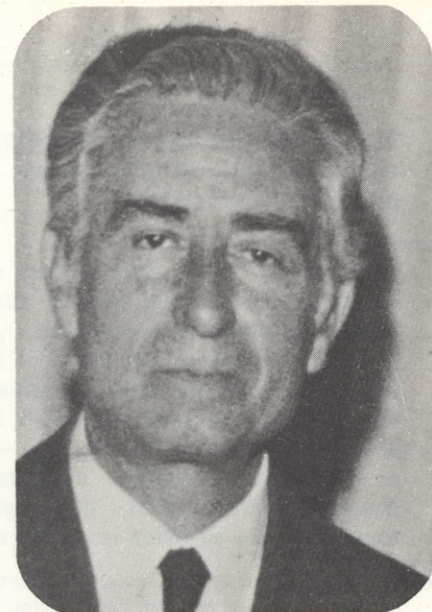


JULIO CANO LASSO



Un arquitecto en plenitud, que tiene en la mano un quehacer grande, y de importancia para todos: el nuevo edificio de la Telefónica. De él hablaremos en nuestra amigable conversación.

—¿Sus principales obras ya realizadas?

—Pues las más recientes son un grupo de viviendas para la Obra Sindical del Hogar, aquí en Madrid, que está a punto de terminarse. Otro conjunto residencial en el Gran San Blas que, fuerza es decirlo está un poco más atrasado. Y otro grupo de viviendas, también para pequeñas economías, en Santiago de Compostela.

—¿Y construcciones que no sean viviendas?

—Anteriormente, y en colaboración con Ridruejo, hice la central telefónica de Buitrago, que es de la Compañía Telefónica —su Central de transmisiones por satélite.

—¿Y el llamado "Burgo de las Naciones" de Compostela?

—También. Es un edificio totalmente prefabricado, que hubo de realizarse en un tiempo muy breve.

—Sin duda alguna, el Burgo, albergue para la masa de peregrinos que acudió el pasado Gran Año Santo a Compostela, parece que es cosa modesta, y que ofrecía algunas incomodidades a sus huéspedes. Aceleración, prefabricación, pero más que todo ello la masa de personas que albergaba fueron responsables de la mencionada incomodidad. De pronto, hablando con Julio Cano, me viene la escena tantas veces evocada, que refieren las guías de peregrinos medievales, cuando no había prefabricación, sino albergadores de toda especie y de no buena laña en su mayoría. Cuando a orillas del Ulla robaban las cabalgaduras a los peregrinos, y por otro extremo del robo surgían las ofertas de monturas a precios locos, y la de un señor piadoso, que las cedía, y que les aposentaría en la santa Compostela, y no les cobraría nada por todo ello, y aún les proporcionaría la cera de la ofrenda tan difícil de obtener, pero esto a precio. Y, en ocasiones, lo recaudado por la cera para el Apóstol por uno de estos albergadores hubiera sido bastante para pagar si no del todo, casi, el Burgo de las Naciones...

—Hice también algunas casas de pisos en Madrid, algún edificio de tipo comercial...

Y, en fin, tengo que decir que mi obra no es muy abundante.

—A mi entender, lo es. Si bien la obra no se mide nunca por la cantidad, esta de Julio Cano da todas las medidas por las que se mide a un Arquitecto. Hablemos, con más detenimiento de la obra en marcha ahora.

—En este momento, y también en colaboración con Ridruejo, estoy trabajando en el nuevo edificio para la Compañía Telefónica en Madrid. Edificio central de la Compañía, y que va a ser el que sustituya al que actualmente está en la Avda. de José Antonio —En la Red de San Luis—.

—Es un edificio que ya forma parte integrante de la estampa de Madrid.

—Sí. Es un edificio que se construyó por los años 28-29, y que cuando se hizo suponía una aportación a la Arquitectura "administrativa". Realmente, hasta entonces no había habido un edificio en Madrid concebido totalmente para oficinas, como éste, y en ello estriba máximamente la modernidad del edificio.

—¿Qué le pasa ahora a ese edificio?

—Que se ha quedado pequeño. Ahora, está ocupado en gran parte por servicios telefónicos —y quedará ocupado totalmente por ellos—.

La vida de la Compañía se desenvuelve en clima de congestión tal, que ha resultado obligada la construcción de un edificio totalmente nuevo.

—¿Dónde se sitúa el nuevo edificio?

—Fuera del cascode la Ciudad, en una zona rodeada de campo, de paisaje, contigua al Monte de El Pardo, en una ladera también contigua a la Fundación del Generalísimo. Realmente, es un sitio excepcional: por la topología, por el paisaje...

—Y ha de ser excepcional por la Arquitectura, o bien, amigo Julio Cano, perdemos las amistades... Naturalmente, este edificio tendrá unas condiciones forzosas, previas, ¿cuáles son las peores para el Arquitecto?

—Este edificio se ha planteado con unas condiciones muy estrictas y muy difíciles. El área metropolitana aceptó la construcción de un edificio en ese sitio, que era en principio "zona rústico-forestal", solamente a cambio de que la mitad del terreno de que disponía la Compañía Telefónica, que era de unas cuarenta y tantas hectáreas, se cediera, transformado en Parque, al Ayuntamiento de Madrid para disfrute del pueblo de Madrid. Después, en la zona que quedaba, que era la otra mitad del terreno, se autorizó la construcción de un edificio que solamente tuviera 0,2 mts. cúbicos de volumen por metro cuadrado de terreno, es decir, un volumen pequeñísimo.

Y, además, en ningún punto podía levantar más de seis metros por encima de la rasante del terreno. Imagínese lo que esto significa: un edificio que escasamente podía tener dos plantas. Esto suponía unas condiciones de partida realmente difíciles. Sin embargo, yo creo que al final lo que era una dificultad se

ha convertido en una ventaja, porque así hemos podido hacer un edificio que, de otra manera, no lo hubiéramos podido presentar a la propiedad.

—Se comprende.

—Se trataba de un edificio que, en primer lugar no podía levantarse más de seis metros, con lo cual ha sido preciso hacer una planta semi-enterrada, y la segunda completa. Y nuestra idea fue la siguiente: El terreno es una ladera con inclinación bastante fuerte, orientada casi al mediodía. Por eso, trazamos un plano paralelo a la superficie del terreno, a seis metros de altura, para dentro —por debajo de este plano— ir colocando el edificio escalonado, según una serie de bancadas retranqueadas, que siguieran la silueta de la topografía, que siguieran las curvas de nivel.

—Es decir, un edificio que el terreno que lo soporta casi no lo note, ¿no es eso?

—Las bancadas, terrazas, son todas ajardinadas; de tal manera que el edificio, en efecto, se ha de incorporar totalmente al paisaje, y con ello se cumplía —se cumple— el propósito del área metropolitana: que realmente allí no pareciera que se había edificado. Y además se ha mejorado el propósito, puesto que allí no hay ahora ni un solo árbol, que es monte pelado, y la zona se va a convertir en un parque. Nuestra idea ha sido, en efecto, sacar todo el partido posible de esta necesidad.

Intellectus apretatus discurrit que rabia, como decían los medievales.

—El edificio escalonado, el edificio en terrazas, ha sido lo que hemos discurrido.

Estas eran las condiciones puestas a la Telefónica, pero la Telefónica por su parte habrá puesto condiciones ¿tan graves como éstas o más?

—Digamos que, naturalmente, la Telefónica ha tenido que aceptar estas condiciones de partida del Ayuntamiento. Por su lado, tiene unas necesidades muy específicas: necesita un edificio administrativo, de oficinas, que requiera las condiciones generales de este tipo de edificios. Pero, por otra parte, la Telefónica tiene una serie de problemas propios, específicos, que van ligados a su función de centro de comunicaciones. Además —y con ello ha de contarse— se piensa que en el futuro esta forma de comunicaciones está evolucionando muy deprisa, y hay que centralizar en este edificio un Banco de Datos, y una Organización —clasificación y transmisión de estos datos—. Con ello será posible a un profesional —médico, arquitecto...— que trabaje en un punto alejado de ciudades importantes, y que se encuentre allí con muy pocos medios de información auxiliares, pues pueda hacer una consulta a este Banco de Datos que le podrá dar, eventualmente, la solución a su problema, lo mismo para un diagnóstico, que para la solución de cualquier otro tipo de problemas, se podrá apelar en consulta al Banco de Datos. Como se comprende, este Banco requiere unas instalaciones muy particulares, muy específicas.

—Este servicio de ahora tiene su antecedente en el famoso S.V.P. —“por favor”— de Francia, que funcionaba en París cuando menos; un servicio asegurado por equipos de personas encargadas de responder a las preguntas, que marcando las tres iniciales del por favor, hacían los parisinos sin tregua y sin límite.

—Ahora los ordenadores...

—¡Diferencia hay entre un ordenador y una voz que además de informar regaña al alumno que ha consultado acerca de la traducción de un *ablativo absoluto* latino, porque no se lo sabe...!

—Se podrá hacer perfectamente un electrocardiograma o un electroencefalograma en un punto alejado, transmitirlo al Banco de Datos, y proceder a diagnosticar y a organizar el

auxilio al enfermo de acuerdo con la respuesta del Banco de Datos, en un tiempo brevísimo todo ello.

—Resumamos las características del edificio.

—Es un edificio fundido totalmente con la Naturaleza. Nuestra preocupación fue que este edificio significara en los años “70” algo equivalente a lo que fue en los años “30” el antiguo edificio de la Telefónica: una nueva aportación a la Arquitectura Administrativa.

—¿De quién es el edificio de la Red de San Luis?

—Sobre un proyecto inicialmente norteamericano, Javier Cárdenas y algunos otros arquitectos colaboradores suyos, hicieron.... Yo no sé exactamente cuánto es obra suya, pero hay muchas cosas que no son norteamericanas, como las portadas tan bonitas barrocas, que están hechas aquí.

—La silueta de la Telefónica es la de un rascacielos de Nueva York.

—Es un rascacielos pequeñito, pero que tiene un inconfundible aire barroco madrileño.

—En efecto, es un edificio que está muy bien integrado a la silueta de Madrid y a su estilo.

—Sí lo está, en efecto.

—En definitiva, sobre el nuevo edificio telefónico, ¿quién ha mandado: paisaje, Ayuntamiento, o realmente “Telefónica”.

—Bueno, yo querría decir que al final hemos mandado los Arquitectos.

—Eso es precisamente lo que yo quería oírle decir: porque es verdad.

—En definitiva, nosotros hemos hecho un edificio muy de acuerdo con nuestra manera de pensar y de sentir. Lo que ocurre es que cuanto en un principio parecían obstáculos y dificultades nos ha venido a facilitar el camino. Realmente, nuestra intención era hacer un edificio que no destacara ni por su volumen, ni por su escala, —cosa que fue uno de los motivos que hizo llamara la atención el antiguo edificio de la Telefónica—, que llegó a ser una referencia en Madrid —más alto que... tan alto como... la Telefónica, porque era lo más alto que en la sazón aquella había en Madrid. A nosotros, ya no nos interesaba llamar la atención por el tamaño del edificio; tampoco nos parecía que por el camino de una tecnología ostentosa, ni por lujo o riqueza, podíamos llamar la atención: lo que interesaba era hacer un edificio grato para el que lo ha de contemplar y para el que lo ha de vivir durante sus horas de trabajo. Al mismo tiempo, deseábamos ir a una fusión, a una integración con la naturaleza: realizar un encuentro firme entre arquitectura y paisaje.

—Lo cual en España...

—Realmente, en España existen muchos precedentes, sobre todo, en la Arquitectura hispano-musulmana, de edificios que están muy bien integrados a la naturaleza, es decir, muy unidos a la naturaleza. Nosotros creíamos que esto se puede —es más, se debe seguir haciendo, y que la tecnología actual lo que hace es facilitar esta posibilidad. Es decir, imaginemos una Alhambra hecha con la tecnología de hoy, con las posibilidades de hoy, y que, sin embargo, no renunciara a todos esos matices que tiene de encuentro con la naturaleza. Realmente, en la Alhambra, nos hallamos con una naturaleza transformada, porque los árabes, en la medida de su modesta tecnología, hicieron ellos una naturaleza distinta a la que rodea todo el conjunto construido. Es decir, empezaron por traer el agua de la Sierra, por convertir en jardines lo que sería un

cerro árido,... Y así, de la misma manera que ellos con su amor supieron transformar la naturaleza, y con su entusiasmo la incorporaron a la arquitectura, nosotros, con amor y la tecnología de hoy, podemos hacer todavía mucho más. Se trata de utilizar la tecnología en servicio del hombre, y al cabo en servicio de la propia naturaleza.

—¿Qué materiales se emplean en este edificio?

—Hormigón. Las partes que se van a ver son de hormigón: serán como unas rocas. Y grandes superficies acristaladas, con un cristal en tono bronceado probablemente termopán, es decir, cristal doble. Realmente, se van a ver nada más que unas bandas horizontales de hormigón y unas bandas horizontales de cristal, y entre estos planos un juego de terrazas con jardín, con vegetación, de tal manera que el edificio va a ser poco visible. Poco visible desde el exterior. Va a tener desde el interior muchos puntos y muchos ambientes interesantes, de patios. Es decir, como ese edificio es profundo, para conseguir la iluminación de zonas interiores, y al mismo tiempo para enriquecer el espacio interior, se han creado esa serie de patios, de brechas y aberturas, que realmente sugieren —a mí por lo menos me sugiere recuerdo de mis vivencias, infantiles las *hoces* de Cuenca: es decir, esas rocas de allí con la vegetación en medio, las brechas entre las rocas, aquellos corredores y aberturas. Todo esto, quería yo llevarlo a la arquitectura, lo cual se ha conseguido gracias a una serie de espacios interiores como digo en los cuales se funde la arquitectura con la naturaleza donde se crean unos ambientes recogidos, íntimos, más o menos cerrados, más o menos abiertos... que van ligando el exterior con el interior.

—El criterio seguido con ocasión de este edificio, ¿puede ser guía en la formación del Arquitecto de hoy?

—Yo no me atrevería a decir que sí rotundamente. Lo que sí creo es que el arquitecto, actualmente, ha de formarse conservando un equilibrio entre el Humanismo y la Tecnología, y siempre además conservando el orden de valores debido: el Humanismo ha de estar por encima de la Tecnología. Realmente la Arquitectura —y esto conviene que los arquitectos lo aprendan bien, y en ello creo que estamos todos de acuerdo— es un Humanismo que se apoya en la Tecnología. La Arquitectura se sirve de la Tecnología, pero no es una Tecnología.

—¿Qué freflejo tiene esto entre los jóvenes?

—Hay corrientes entre los arquitectos jóvenes, entre los estudiantes de arquitectura, que tienden a racionalizar la creación arquitectónica, a despojarla de cualquier elemento subjetivo, de cualquier elemento de inspiración. Y a mí me parece que esto es muy peligroso, porque realmente con ello creo que se coarta el espíritu humano y se cercena la imaginación creadora. Tratan estos jóvenes de sustituir al hombre por el ordenador, por las fichas, por la información exhaustiva, y creen que por este camino se puede llegar a hacer una Arquitectura mejor.

—¿Y es así?

—A mí me parece que efectivamente estamos obligados a asimilar todo lo que haya de asimilable en las nuevas técnicas, obligados a servirnos de ellas, a utilizarlas a pleno rendimiento, pero en ningún caso se debe darles a ellas la dirección de la Arquitectura.

—Que la Arquitectura sea para el hombre y no el hombre para la Arquitectura..

—Ni el hombre para la Tecnología.

—Y el problema fundamental de la Arquitectura, a partir de ahora, ¿será éste, o será más bien un problema que tenga relación con el orden social, espacial, etc.?

—Yo creo que hay problemas que son los inmediatos, tales como la escasez de suelo urbanizado, la escasez de vivienda, la mala calidad o la falta de confort de las viviendas, todo ello son problemas que afectan a la gente de manera muy inmediata, que la gente los sufre de manera muy directa, y así parecen ser los problemas más importantes. Efectivamente son importantes: importantísimos. Pero a mí me parece que hay otros problemas, que están todavía por encima de éstos, y que realmente son los que a un plazo un poco más largo nos deben preocupar: es decir, un país que se desarrolla, un país que se desarrolla, un país con un nivel de vida alto, industrial, pues resuelve, o está en vías de resolver su problema de la vivienda. El problema del Urbanismo, en lo que tiene de problema económico, pues también se puede resolver con el desarrollo. Pero hay por encima de estos otros problemas, que si no se crea una filosofía adecuada dentro de la que quepan, no sólo no se resuelven con el desarrollo sino que se pueden hacer cada vez más graves —crecen en progresión geométrica, y se extienden ocupando el terreno del campo crea un problema que nos superará si no le hacemos frente desde una actitud similar a la que se intenta poner en juego en este edificio de la Telefónica: de respeto a la naturaleza, de tratar no de arrasarla sino, al contrario, de recrearla, de apoyarla valiéndonos de todas las posibilidades tecnológicas a nuestro alcance, por ejemplo, transformando lo que es árido en zonas de vida, habitables, vivas por la naturaleza... Pues a mí me parece que ésta es una manera satisfactoria de luchar contra el problema de las Ciudades que crecen, que parecen hacerse cada vez más invasoras y más deshumanizadas.

—Entonces resulta que en Arquitectura, como en todo lo demás, hemos de distinguir entre problemas urgentes y problemas esenciales.

—Exacto. Estoy totalmente de acuerdo. Y creo que además no hay por qué despreciar los problemas urgentes —para quien no tiene casa, el mayor problema es que le den su casa; y para el que vive en una Ciudad congestionada y con una atmósfera contaminada, su problema estriba en que se resuelva la situación urbanística. Pero, hay que mirar allende estos problemas, sin duda, y ver los otros...

—Los problemas urgentes, muchas veces, se resuelven con una buena chapuza, pero este no es el asunto de fondo. La situación, ahora, es muy delicada por ello: hay entre nosotros unos problemas urgentes, graves, y hay una arquitectura de fondo que sin duda debe ser respetada, ¿en qué situación se ve el arquitecto, hoy, fundamentalmente?

—El Arquitecto, fundamentalmente, se ve en una situación "de dudas". Esta es una época muy confusa. Por un lado, el arquitecto tiene que servir a una sociedad que le pide que construya muy deprisa, y que realmente se sirve de la Arquitectura como un producto más de consumo; por otro lado, el arquitecto se resiste en cierta medida a hacer este papel. En esta situación, pues —es lógico— existen todas las tendencias, todas las posiciones más contradictorias... ¿me explico?

—Sin duda. Pero le voy a hacer la pregunta que le hago a todo el mundo: si el Arquitecto debe ser un mandado o debe mandar —en el campo de la construcción— sobre la sociedad.

—Ni una cosa ni otra exactamente. Es decir, ni el arquitecto se puede erigir, diríamos, en tirano de la sociedad, obligando a esa sociedad a que se pliegue a sus imposiciones, ni tampoco puede ser un servidor de la sociedad en calidad servil. Tiene que servir a la sociedad, pero no servirla servilmente. Yo, más

o menos en broma, suelo decir que los arquitectos somos muy malos, pero que los clientes nuestros son muchísimo peores.

—¿El problema de fondo?

—Que el arquitecto procede de una sociedad, en el fondo, mediocre, y naturalmente, es él un producto mediocre de esa sociedad —como todos los demás elementos de la misma. El fondo de la cuestión está latente: la urgencia esencial del mejoramiento de la sociedad, de la elevación cultural de esa sociedad. En una sociedad con un nivel cultural más alto saldrán profesionales —arquitectos de altura, y el diálogo entre sociedad y arquitecto será mejor y más fácil de establecer: es decir, habrá menos distancia entre el arquitecto y la sociedad.

—Hoy es muy grande la distancia, en efecto, entre arquitecto o cualquier profesional normalmente bueno y la sociedad-masa en la que ejerce, para la que ejerce su profesión.

—El arquitecto ni puede ni debe imponerse a la sociedad, pero sí debe marcar rumbos, direcciones, y tratar de convencer y llevar a la sociedad por el camino conveniente.

—Conveniente... desde el punto de vista de la Arquitectura, entiéndase. De momento, sin embargo, estamos en una sociedad-masa. La masa, por tanto, hoy es digna de respecto.

—En efecto, hay una arquitectura-de-masa, que es un producto de consumo como los electrodomésticos y los coches, y que tiende a resolver un problema de demanda masiva. Esta es una arquitectura muy interesante, pero no es la que más me preocupa. Realmente, lo que me preocupa son los “buenos ejemplos” que de alguna manera guían en definitiva a esta arquitectura. Es la arquitectura que señala por así decir los principios “filosóficos” que luego se han de seguir.

—¿Qué significa el consulting dentro de la Arquitectura?

—Tiene un papel de apoyo, importante, en la labor creadora del arquitecto. Son la tecnología. Y desempeñan el papel que compete a la Tecnología, servidora del Humanismo. Lo que no pueden ser nunca es el mecanismo de donde salga, por arte de magia, el espíritu creador. A mi parecer, un proyecto malo pero muy bien desarrollado por un consulting sigue siendo un mal proyecto. Y un proyecto bueno mal desarrollado, será un proyecto incompleto, que dé lugar a problemas durante la obra, que podrá ser un edificio con defectos, pero será un edificio interesante.

—Pienso que el arquitecto tiene que estar por encima, de todo, y el consulting tiene que ser un instrumento para su obra.

—Yo diría que el arquitecto debería ser capaz de quedar por encima de todo. Pero no sé si estamos plenamente al nivel que nuestra tarea exige que estemos. El pretender que por tener un título de arquitecto en el bolsillo pueda aspirarse a una posición suprema —en la materia, se entiende— es una pretensión absurda, además de una vanidad. Deberíamos llegar a crear el hombre preparado para esta misión concreta —ser arquitecto— que fuera capaz de realizar con plena responsabilidad esta tarea, y por supuesto, entonces los consulting tienen que servir a las ideas creadoras del arquitecto. Pero siempre dentro de un sistema de armonización previo, en el que estén integrados todos los elementos precisos, tanto los creadores, como los que afectan a la parte humana y a la parte técnica de la labor de construir para que el hombre pueda dar su máximo como creador de arquitecturas.

—¿Es esencial el aspecto creador que compete al arquitecto?

—Realmente, cualquier proyecto tiene que partir de una idea creadora. Por pequeña que sea, ha de existir. Sobre ella se alza todo lo demás.

—Hablemos de nuestras Ciudades. ¿Para que puedan tener una solución auténtica —no inmediata— dentro de unos pocos años, no sería mejor detener la fiebre de la construcción, y pensar con cierta pausa en una estructuración más esencial, por así decir, que resuelva el problema?

—Si se pudieran congelar las ciudades, y dejarlas en su ser actual un número de años, se podría... pero lo que pasa es que las ciudades son organismos vivos, y no se pueden congelar. No se puede prohibir que la gente acuda a las ciudades, ni tampoco que la gente nazca. Esta situación en que nos hallamos no se puede evitar.

Lo que sí creo es que es muy importante y muy urgente el ir creando en todos, en la sociedad total, una conciencia del problema para que la sociedad sea capaz de recibir la orientación según la cual el problema puede ser resuelto. Por ahora, esto es lo que me parece que se puede hacer, y lo que es urgente hacer.

—Con este criterio de ir construyendo, nos hemos visto como nos vemos, hemos llegado a tener una ciudad llena de pisos deshabitados, por una parte, y por otra una población de habitantes sin piso en que habitar.

—Yo no sé si hay tantos pisos vacíos en Madrid. A mí lo que me parece más grave es que se estén rellenando todos los solares que todavía quedan vacíos en la ciudad, con lo cuál la congestión urbana va en aumento creciente. Los pisos del casco urbano de la ciudad serán en breve inhabitables.

—¿No se podría, para resolver el problema tremendo de la vivienda en Madrid, crear urgentemente una especie de “Burgos de las Naciones” por así decir provisionales, para dar con ello tiempo a que se halle una solución más radical a la Ciudad?

—Aunque yo estoy un poco apartado del Urbanismo, sé que hay varias acciones programadas y aún en marcha, mediante la preparación de zonas periféricas de la Ciudad, en las que se van a hacer núcleos vivos de 50.000 habitantes o más. Y, por otra parte, las Ordenanzas que rigen en Madrid, hoy, son mucho más sensatas, por así decir, que las inmediatamente anteriores.

—Personalicemos más esta conversación: ¿Qué obra de las suyas le satisface más?

—Yo creo que las que no he hecho todavía. Son las obras que más me gustan, porque imagino que serán mejores, o por lo menos me hago la ilusión de que han de ser mejores.

—¿Qué le gusta más proyectar: una casa para vivienda, un edificio para oficinas o...?

Si le dieran un terreno, para hacer en él lo que quisiera, ¿qué haría?

—Lo que más me gustaría sería hacer un Barrio en el que hubiera de todo: viviendas, comercio, oficinas, ...Y tratar de poder realizar en él lo que pienso que pudiera ser una ciudad. Realmente, los arquitectos nos movemos siempre en un terreno muy limitado, es decir, nuestras ideas desbordan con mucho nuestras posibilidades de actuación, y por eso a mí me gustaría tener ocasión de poder desarrollar esas ideas a escala de un Barrio, nada más... Un Barrio en el que hubiera, repito, viviendas, oficinas, comercio.. y esa integración con la naturaleza que a mí tanto me preocupa, y de la que no hemos dejado de hablar en esta conversación.

—¿Y no sería “rentable” el dar a unos cuantos equipos de arquitectos unos terrenos vecinos a la gran Urbe, para que crearan en ellos pequeñas ciudades-satélites de Madrid, alguna de las cuales pudiera ser clave de solución de Madrid cuando menos?

—Sería estupendo que unos equipos de arquitectos, distintos pudieran desarrollar sobre el terreno sus ideas... ¡Sería precioso!

¡Vamos a ver, a lo mejor, muchos disparates, pero, en fin...

—¿Y si entre ellos se hallara la solución justa?

—Seguro que entre estos grupos-equipos habría soluciones buenas.

—Tengo siempre una curiosidad: la arquitectura de vivienda, ¿se sabe si vale o no es servible plenamente antes de haber sido probada en efecto, y realmente?

—Cuando esa arquitectura se ajusta a modelos conocidos, pues no hay prácticamente riesgos.

—Pero esto es aburrido.

—Es aburrido. Cuando se pretende ir a innovaciones, a conceptos nuevos de la vivienda, a esas viviendas que se dicen "no convencional", desconvencionalizadas, entonces, generalmente, hay que hacer la prueba antes. En mi época de la Escuela he podido ver muchos proyectos de este tipo, y realmente se aportan pocas cosas interesantes, porque lo que no cabe duda es que con la forma de vivir actual de una familia —no en España, sino en cualquier parte— hace falta que la vivienda ofrezca unas realidades conocidas ya. La innovación solamente se consigue en casos muy excepcionales destinados a gente muy excepcional también.

—Me preocupa saber, de un arquitecto de su categoría, si realmente está bien de hecho sea la casa, como ahora es, un mero dormitorio y no sea sitio de trabajo, ni de nada.

—Me alegra esta pregunta porque yo creo que no está bien que la casa sea un puro dormitorio. Y en esto yo predico, dentro de mi modestia, con el ejemplo. Yo vivo y trabajo en el mismo sitio: mi estudio está contiguo a mi casa, en mi jardín. Y allí también paso los días de fiesta, es decir: trabajo en el jardín, tengo mi estudio, tengo mi casa, allí están mis hijos, estoy yo... realmente yo salgo ya muy poco de casa, tan sólo cuando tengo que ver a alguien o he de acudir a alguna obra. Estoy de acuerdo en que la vivienda no puede ser un saco de dormir, no puede ser esa especie de columbario donde se van metiendo las palomas, como en una estantería los libros. Lo que sucede es que mucha gente querría hacer lo que yo hago, pero no puede hacerlo.

—No puede hacerlo, porque no se le dan posibilidades en la vecindad, ni se le confiere espacio en la vivienda para que así viva. Tengo la sensación de que estamos haciendo dormitorios para las familias, pero no estamos haciendo la casa-para-la-familia, y la familia se va a deshacer como sal en agua.

—Efectivamente. Pero sucede que la casa-de-la-familia es una casa que requiere una superficie grande. Y la superficie es cosa muy costosa, y como nos hemos de mover dentro de unos límites muy limitados, nos estamos debatiendo en un círculo vicioso. Una cosa es la vivienda ideal y otra la vivienda posible.

—Estoy oyendo lo que buscaba: estamos haciendo el disparate del siglo: porque La-Familia vale más que el metro cuadrado de terreno. A la Familia hay que darle lo que fuere, porque si se nos rompe la familia, ¿qué sociedad, qué suelo, qué mundo vamos a tener?

—Pero ¿de dónde puede salir esa masa de disponibilidades que se necesitan y requieren para que hiciéramos esas viviendas tan grandes, como la familia requiere?

—Y más que viviendas grandes, ¿no habría que hacer viviendas integradas al sitio de trabajo? ¿No sería posible una vuelta, no al artesanato, cosa que carece hoy de sentido, pero sí a una vecindad del sitio de dormir con el sitio de trabajo?

—En esto se han dado muchas vueltas en pocos años. Hay una serie de eslóganes, que estuvieron muy vigentes con el CIAM y con la famosa Carta de Atenas, en que la Ciudad se organizaba en zonas de trabajo, de espaciamiento, de dormir... Y con esto se trató de poner orden en la Ciudad, que era caótica y desordenada, puro amontonamiento de usos, de funciones, de servicios. Y esa idea prevaleció hasta hace poco. Ahora empieza otra vez a entrar en crisis, claro, muy razonablemente. No cabe duda de que el lugar de trabajo y la vivienda, pues en algunos casos deberían estar muy próximos y aún unidos —como yo lo tengo—. En otros casos es imposible, como en el caso de la Industria que es molesta para convivirla. Realmente éste es un problema en el que es preciso matizar mucho todo, porque es complejísimo, y en el que se integran los problemas esenciales de la Ciudad.

—¿Qué les diremos especialmente desde aquí a los futuros arquitectos?

—¿y qué decirles? Tal vez, que el arquitecto no sale hecho de la Escuela —el arquitecto, a decir verdad, no se hace nunca—. El arquitecto se llegará a formar al final de una vida de trabajo. Y así sucede que por un lado hay que tener mucha ilusión, y por otro hay que ser muy humilde. Hay que oír a todo el mundo, pero al mismo tiempo hay que tener las propias opiniones muy firmes. Y tratar de prepararse y de servir a la sociedad en que se está inserto de modo que se le suministren, se le incorporen ideas que uno pueda tener, o pueda adquirir, y que puedan ser valiosas para la sociedad.

—Me parece un programa excelente para los futuros arquitectos. ¿Decimos algo más? ...
Dejemos la palabra a Ezra Pound, el poeta que acaba de dejarnos. Habla a la ciudad.

N. Y.

*¡Ciudad mía, amada mía, mi blanca! ¡Ah, esbelta,
Escucha! ¡Escúchame, y te insuflaré un alma!
¡Delicadamente con un caramillo! ¡Espérame!
Ahora sé que estoy loco,
porque aquí hay circulando sin duda un millón de gentes.
Esto no es una muchacha.
No puedo tocar ningún caramillo, aunque lo tuviera.
Ciudad mía, mi amada,
Eres una muchacha sin pecho,
Eres tan esbelta como un caramillo de plata.
¡Escúchame, atiéndeme!
Y te insuflaré un alma,
y vivirás para siempre.*

Esto le decía, en 1912, el poeta a la ciudad de Nueva York. Seguimos, la ciudad y nosotros, faltos de alma en 1972. Algún día nuestras ciudades habrán de dar oídos al son de plata, y de caña, que les insuffle alma para que no acabemos sus habitantes por perder las nuestras.

Carmen CASTRO